

Editorial

Discurso pronunciado por el Prof. Vladimir Acosta de la Facultad de Ciencias Económicas y Sociales en la entrega del Premio "Francisco De Venanzi"

Quiero ante todo manifestar doblemente mi agradecimiento. En primer término porque se me haya designado para hablar aquí en nombre de todos los galardonados, de quienes recibimos el premio Francisco De Venanzi a la trayectoria como investigadores universitarios, de quienes reciben el premio UCV-PDVSA-CIED al mejor trabajo de investigación y de quienes reciben el premio de la APUCV al trabajo de ascenso y al libro de texto universitario. Y en segundo lugar por recibir el premio Francisco de Venanzi, por lo que significa. Porque es un reconocimiento que honra, porque es un valioso estímulo para seguir trabajando por la UCV como docente e investigador, porque lleva el nombre de un rector de la talla científica y humana de Francisco de Venanzi y porque lo otorga la Asociación para el Progreso de la Investigación Universitaria, organismo reconocido por todos por su calificación como promotor de la investigación y excelencia universitarias. Junto a otros institutos ucevistas, la APIU es hoy uno de esos espacios que mantienen viva la esperanza en las posibilidades y el futuro de esta universidad. Es cierto, por lo demás que en la UCV se investiga y se crea conocimiento, que se hacen estudios de alto nivel y que se producen tecnologías, que hay institutos de alto valor académico y profesores investigadores de indudables méritos. Pero no nos engañemos, esos espacios de elevada calidad son pocos, son pequeñas islas en medio de una universidad en crisis, sumida en un deterioro creciente que pese al esfuerzo de algunos por enfrentarlo se acentúa más y más ante una indiferencia que parece general.

Permítanme señalar algunos elementos de esa crisis, no porque no se los conozca sino porque quiero puntualizar varias cosas a partir de ellos.

Probablemente todos estemos de acuerdo en que la crisis actual de la universidad está asociada ante todo a la insuficiencia de recursos económicos. Seguramente todos coincidiremos en que al lado de la pobre dotación de bibliotecas, de la ausencia de espacios, del deterioro físico y de las deficiencias de la vigilancia, una de las claves (y al mismo tiempo expresiones) de esta crisis es la miserable remuneración del personal académico, porque no cabe duda de que pagando semejantes sueldos, a cualquier institución le sería difícil no sólo reclutar buen personal sino ni siquiera exigirle calidad y altos rendimientos –y mucho menos interés en la investigación- a quienes ejercen en ella la docencia. Los mecanismos creados para compensar esa falla (otorgar bonos de excelencia académica) sólo han servido para acentuar el carácter perverso del sistema, ya que en lugar de pagar al profesorado sueldos dignos a cambio de exigencias rigurosas de rendimiento y excelencia y establecer esos bonos como estímulos económicos para la minoría que esté por encima de esas exigencias lo que se ha hecho es transformarlos en suerte de bonos masivos que sólo sirven para atenuar la miseria profesoral y que poco tienen que ver en verdad con excelencia e investigación.

Por supuesto que los problemas de la universidad van más allá de esto; y que la indiscutible insuficiencia de recursos no excluye que parte de los que se reciben se inviertan mal, debido a falta de planificación, a improvisación, a duplicación o triplicación de funciones, al peso de las dependencias centrales, y a los componentes burocráticos y clientelares presentes en la administración y en la estructura orgánica ucevista.

Es obvio también que la crisis tiene mucho que ver con esa estructura orgánica desfasada que caracteriza a la UCV, suerte de pirámide organizacional centralizada y burocrática que imposibilita el funcionamiento eficaz de una institución urgida de una reorganización administrativa, una descentralización real, una verdadera distribución de funciones que agilice además los procedimientos administrativos y deje espacio para la discusión y puesta en práctica de políticas académicas al menos de mediano plazo. Parece claro que esta institución no puede funcionar con un Consejo Universitario pesado e inmanejable, por estar concebido como llegadero de todo trámite académico o administrativo, Consejo en el que todo se centraliza, al que le cuesta decidir y, más aun, ejecutar lo que decide. Parece claro asimismo que esta institución no puede funcionar bien dentro de una suerte de feudalismo disfrazado de descentralización en el que facultades y decanos disponen de posibilidades de manejar recursos y de tomar algunas decisiones administrativas o burocráticas pero no para decidir líneas de acción o cuestiones académicas realmente relevantes. Parece también claro que esta universidad requiere de unos empleados y obreros comprometidos con la lucha por mejorar la institución y de un movimiento estudiantil distinto al actual, caracterizado por organismos estudiantiles de escasa representatividad y por una apatía que apenas superan unos pocos estudiantes politizados en fugaces momentos electorales.

Lo más dramático empero, lo que nos golpea de manera más directa, es la crisis académica. Salvo pocos espacios y dependencias, en el pregrado y el postgrado, el deterioro se expresa a todos los niveles. Salvo unos pocos casos, la UCV carece de políticas académicas coherentes y de cierto alcance, y lo que se hace casi por doquier es improvisar a corto plazo a partir de los pocos recursos de que se dispone y sin la necesaria coordinación con otras instancias. La planta profesoral está en crisis y también –excluida una minoría– su nivel académico tiende a bajar, porque la cifra de jubilados crece, y dada la escasez de recursos no hay muchas posibilidades de renovarla; también porque aunque de modo paradójico se exige a los docentes que ingresan tener cuarto nivel los sueldos de buhoneros y las dedicaciones fragmentarias que se les ofrecen contribuyen a que sólo entren unos pocos y no sean siempre los mejores. Predominan las contrataciones a tiempo convencional y hay fuga de profesores, con lo que quienes pueden se resuelven afuera como asesores o lo que sea mientras se deteriora o imposibilita el funcionamiento de cátedras y departamentos. Profesores ascienden con trabajos cuya calidad con frecuencia es igual para asistentes que para titulares. Algunas titularidades se logran con recopilaciones de artículos, obviando la conveniencia de exigir un trabajo específico de muy alta calidad para culminar la carrera de docente universitario. La flexibilidad con que se realizan las discusiones de trabajos de ascenso y tesis de grado supone con demasiada frecuencia complacencia y falta de rigurosidad por parte de los jurados.

Los índices académicos de las escuelas son bajos, dadas las deficiencias que del bachillerato traen los estudiantes y las que añaden en más de un caso los propios profesores; y cuando aparecen como elevados, como sucede en algunas Escuelas, suelen ser producto de encubrir complacencias profesoras con las notas a cambio de escasa exigencia de los alumnos respecto a la calidad de la enseñanza o a la regularidad de la asistencia. Muchas son las tesis de grado que apenas se evalúan y que alcanzan elevadas notas por falta de exigencia profesoral. Los espacios para la investigación y la excelencia son reducidos, los estímulos a la investigación son pocos, poco conocidos y poco aprovechados por profesores cuya prioridad no puede ser la investigación sino la solución de sus problemas personales o familiares más urgentes. Y el ambiente existente en cátedras, departamentos y escuelas para discutir e investigar, para intercambiar experiencias docentes o investigativas, es a menudo nulo.

En fin, ocurre que la UCV, como toda la institución universitaria venezolana se deteriora más cada día sin que hagamos nada efectivo para detener el proceso y revertirlo, para lograr una universidad donde haya espacio para la investigación, para el trabajo de creación de conocimiento, esto es, para la excelencia, entendiéndolo por supuesto que excelencia no significa elitismo y que esta universidad puede y debe ser de más alta calidad académica sin dejar por ello de seguir siendo como hasta ahora abierta, democrática, popular, ligada al país y sensible a los problemas de sus grandes mayorías.

La pregunta que nos hacemos muchos desde hace años es qué se podría y qué se debería hacer.

Por el camino por el que vamos creo que no mucho. Y no porque no sepamos qué hacer. Tenemos décadas discutiendo el tema en foros y seminarios y a lo largo de ellas hemos reunido diagnósticos y propuestas de todo tipo. Es decir, que aparentemente sí sabemos lo que hay que hacer. Lo que ocurre es que no lo hacemos. Sea porque no queremos hacerlo, sea porque no podemos hacerlo aunque queramos. Quizá porque, a tono con los tiempos, esta universidad se ha vuelto profundamente conservadora e individualista, enemiga de cambios, defensora de prerrogativas y rutinas y dominada cuando más por búsquedas individuales de solución (casi siempre extrauniversitarias) en medio de la situación dramática de 'sálvese quien pueda' en que vivimos. O con más probabilidad porque la institucionalidad universitaria está colapsada; porque todo indica que con los mecanismos ordinarios vigentes, con esta estructura, la del Consejo Universitario, la de los Consejos de Facultad, la de las dependencias centrales, con todo este burocratismo, clientelismo, inercia, e indiferencia, es poco lo que puede hacerse.

Quizá tengamos sin embargo una oportunidad. Vivimos un proceso electoral interno y tres planchas se disputan el derecho a regir la institución por los próximos cuatro años. Hay en ellas universitarios capaces y valiosos, propuestas de cambio y probablemente disposición a cambiar algunas cosas.

Lamentablemente soy poco optimista. Creo que más allá de la capacidad de muchos y de su disposición a impulsar cambios están los límites impuestos por el estado actual de la universidad, por el sistema electoral

mismo y sobre todo por las estructuras inamovibles y pesadas de la propia institución. Y porque sin enfrentar a fondo y con apoyo colectivo esos problemas los cambios se quedarían una vez más en simple maquillaje.

En medio de toda la injusticia y miseria humanas que lo caracterizan (y que deberían producir más rebeldía que nunca), lo cierto es que vivimos hoy en un mundo *light*, en el que se carece de deslindes ideológicos, en el que todo vale lo mismo, un mundo sin destino, sin objetivos, sin sueños ni utopías; donde toda protesta es mal vista o condenada; donde la única violencia aceptada por los medios de comunicación que forman nuestra opinión es la que aplican solapadamente los poderosos; donde nadie cree que sea posible cambiar nada; por donde -peor aún- nadie se atreve a querer cambiar nada, pues los cambios (todos por supuesto en la misma dirección: la de concentrar poder y aumentar la injusticia y la desigualdad) los monopolizan los grupos poderosos que controlan el mundo, desde la economía y los mercados hasta la información y el ocio; un mundo triste en fin en el que la palabra clave –que todos repiten como loros, al lado de muchas otras- es **adaptarse**. Adaptarse a los cambios que nos imponen de arriba o de afuera, y no tratar de provocar por el contrario los cambios que queremos o que nos benefician.

En ese triste contexto la universidad se ha convertido en un espacio amorfo, a menudo clientelar, movido por intereses conyunturales o de muy corto alcance. La indiferencia del electorado hace que sólo una minoría de profesores se comprometa realmente, al menos por el tiempo que dura la campaña electoral. La mayoría termina escogiendo a última hora a los candidatos que alguien le recomienda, o a los que le parecen menos malos, o a aquellos con los que tienen lazos de amistad. Y antes de la segunda vuelta es necesario llegar a nuevos pactos o nuevos compromisos, todos legítimos desde el punto de vista de una democracia electoral. Sólo que el resultado suele ser la disolución de los equipos inicialmente propuestos, la pérdida de unidad de acción, y la entronización de autoridades que tienen pocos puntos en común.

Los mecanismos electorales son aun menos favorables a los cambios. No sólo porque obligan a acuerdos y pactos tendentes a la moderación o al *gattopardismo* de cambiarlo todo para que todo siga igual sino también por sus propias estructuras. Pienso que el claustro es el modelo de esta perversión, por basarse en una concepción pseudoelitista que hace votar a los jubilados excluyendo a los instructores y delegando la representación estudiantil. Porque si bien es cierto que entre los jubilados, que hoy representan cerca de un tercio de los votos para elegir autoridades, hay valiosos universitarios que se mantienen ligados a la universidad, también es verdad que la mayoría hace décadas que perdió todo vínculo con ella, y carece de sentido que vengan cada cuatro años a decidir la elección rectoral. Porque es injusto que los instructores, que no sólo son la mitad o casi de la planta profesoral sino también el presente y el futuro de la universidad, no puedan votar para elegir a sus autoridades. Porque en fin (aunque esto se ha corregido en este caso) es discutible la representatividad de los estudiantes que lo conforman y que constituyen un cuarto de los votos.

Pero lo menos favorable al cambio es la propia institucionalidad universitaria: ese mamotreto pesado, inoperante, rutinario, castrador de iniciativas renovadoras en que se ha convertido la estructura universitaria, marcado además por su conservatismo, su feudalismo y su componente clientelar. Quizá haya algunos optimistas al respecto, pero soy de los que no creen que esa estructura universitaria burocrática y clientelar sea capaz de reformarse a sí misma, ni que el Consejo Universitario pueda encabezar un proceso profundo de reforma de nuestra institución.

De cualquier forma, soplan vientos de cambio no sólo en el país sino dentro de la propia comunidad universitaria, pues aunque no se manifiesten siempre en forma abierta, son muchos los que piensan que en medio de esos cambios la UCV no puede permanecer indiferente, igual a sí misma, conservadora, estancada, inerte, vegetando, desperdiciando las ocasiones de emprender las necesarias transformaciones de que hemos estado hablando por tanto tiempo. Hay en el seno de la universidad corrientes de opinión que han venido llamando a aprovechar la coyuntura electoral interna para intentar rebasar, con el apoyo de los candidatos y con la participación del colectivo, los límites del proceso eleccionario; y para lograr el compromiso de impulsar ese proceso de transformaciones más allá de lo poco que puede lograrse por medio del rutinario funcionamiento de instancias como el Consejo Universitario y los Consejos de la Facultad. Parece que hasta ahora estas opiniones no han sido muy tomadas en cuenta. Pienso que debería escuchárselas y que un compromiso firme de quienes integran los posibles equipos rectorales para poner en marcha ese proceso, para llamar al colectivo a incorporarse al mismo y para concitar al respecto todos los apoyos necesarios, tanto dentro como fuera de la universidad, podría ser un buen punto de partida para la puesta en marcha de esos cambios y para abrir de nuevo camino a la esperanza, una esperanza que nos hace tanta falta.

Perdónenme si he dicho cosas duras. Lo he hecho porque creo que son ciertas y porque creo que esta universidad necesita que todos digamos con claridad lo que pensamos. No van dirigidas a juzgar ni a ofender a nadie. Ni a ponerse por encima de problemas de los que todos somos parte. Sólo pretenden, desde una posición de compromiso con la UCV, contribuir a un debate necesario, aprovechar una ocasión importante como esta para llamar a emprender de una vez por todas la transformación de esta universidad, para lograr que, sin abandonar su condición de universidad popular, abierta y democrática, pueda recuperar espacios perdidos, elevar su calidad académica y hacer que en lugar de una universidad en crisis con pequeñas islas de excelencia, como la que tenemos hoy, podamos tener pronto una universidad enrumbada hacia la apertura de mayores espacios para una docencia de calidad, para una constante creación y recreación de conocimiento y para una sostenida actividad investigativa y de extensión.

Vladimir Acosta